

Precio 15 céntimos



ARTISTA ECUESTRE



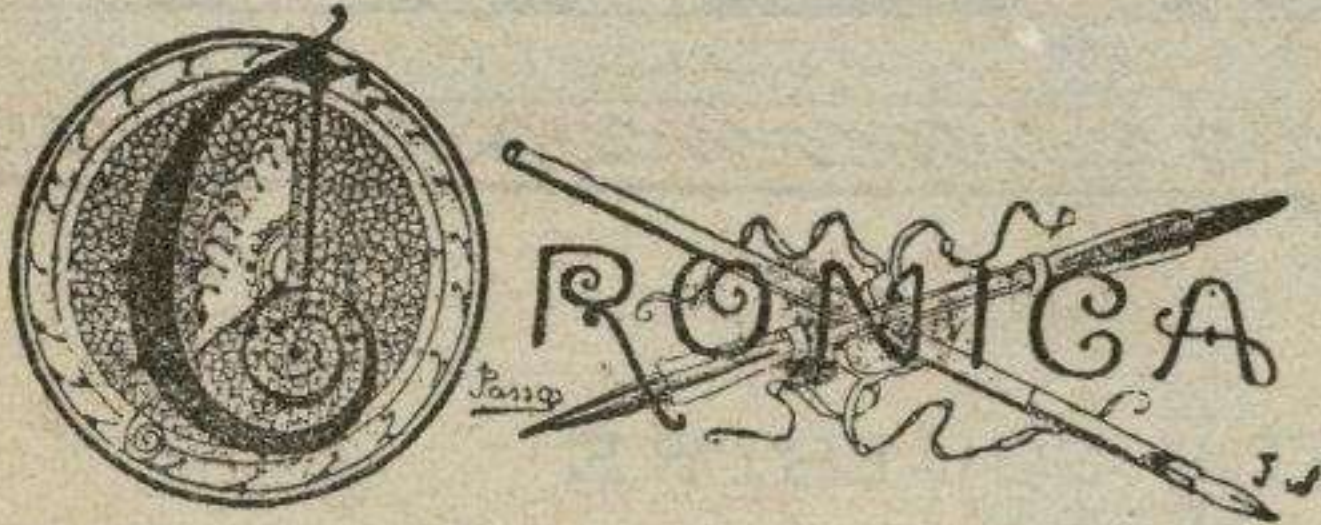
Dolinda de la Plata.

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

DIRECTOR LITERARIO: DANIEL ORTIZ

Toda la correspondencia se dirigirá á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA



En San Fernando ha muerto la mujer de un tripero que tenía por mote el significativo nombre de la *Cabra*.

Esta *Cabra* se murió de repente, sin decir tú ni más ni dar el más ligero balido.

La familia de la difunta, cuyos individuos son flamencos y gastan pan y toros, no pudo avenirse á que sin más ni más hubiese muerto la pobre *Cabra*, y dieron en decir que estaba accidentada.

El médico les desengañó; metieron el cuerpo en el ataúd y le rodearon de cirios.

Todos los chulos de la familia concurrieron á la casa mortuoria, y el que más y el que menos, llevaba un *cañaveral* de manzanilla en el cuerpo.

Uno que se vió entre tantas luces (las que llevaba dentro del cuerpo y las velas encendidas) creyó que la difunta había abierto los ojos.

—Apagar los cirios—gritó—porque la difunta no está muerta y *ansi* que vuelva en sí se va á gorver á morir de miedo y sentimiento.

Apagaron las luces y salieron alborotados á llamar á otro médico.

Acudió éste, examinó el cadaver y dijo:

—Señores, la *Cabra*, no solo está muerta sinó putrefacta.

No pudiendo negar la evidencia los chulos *amanzanillados* se conformaron y enterraron á la parienta.

Algo de esto pasa en la Hacienda española. Creen los guapos que la gobiernan que todavía vive y no es más que una tripera que se descompone.

* *

¡No nos lamentemos de la fortuna! De vez en cuando suele visitar á algún desgraciado.

Dígalo sinó aquel barrendero de S. Sebastián que á estas horas se halla en el país vecino.

El barría las calles filosóficamente y lleno de harapos, y vino una señorita francesa y se enamoró de él.

¿De qué se enamoraría? Acaso de la elegancia con que manejaba la escoba, ó del *chic* con que amontonaba las barreduras.

Lo positivo es que la *demoiselle* se pirró por los pedazos de aquel modesto empleado del municipio donostiarra, le propuso un rapto y á estas horas se hallan en Francia.

¡Quién había de decir que un barrendero se había de ver solicitado por una señorita bien educada, del ramo de la *extranjería*!

Si en Francia se casan, como supongo, haría esa señorita mal en presentar á su esposo en la alta sociedad. Pudiera muy bien suceder que si viera un salón mal barrido gritase indignado: ¿Qué porquería

es esta? ¡Venga una escoba! Lo que haría avergonzarse á la barrendera-consorte.

De todos modos, humanitario como soy, gozo cuando sale un hombre del polvo de las barreduras, y le veo estenderse, crecer y tocar las nubes.

¡He conocido tantos barrenderos de este calibre!

* *

En la ganadería de Luis Mazzantini hubo días pasados una tiente, que fué una tiente del mismísimo demonio.

El maestro, al colear un becerro, sufrió un tremendo porrazo que le estropeó algo el físico.

El director de *El Sinapismo*, periódico taurómico, fué también alcanzado al tomar un burlalero, sufriendo un *sinapismazo* de padre y muy señor mío.

Y por último un chico francés (de aquellos tres que vinieron á España á aprender el toreo) fué cogido y volteado como un saco de trapos viejos, saliendo lastimado en los riñones y el muslo derecho, y teniendo que guardar cama.

Por lo cual el franchute ese dirá: así se aprende, y sarna con gusto no pica.

Eso de las tientes es cosa muy entretenida.

Yo conozco un empresario que fué de toros y le llevaron á una juerga de este género.

El no tentó ni tales carneros; vió la función desde lejos; pero por la noche, cuando estaba cenando muy tranquilo con los toreros y aficionados, le soltaron para postres un novillo de cerca de tres años, al que tuvo que sortear con el mantel, despues de haber roto cuanto había encima, mientras los de la guasa desde lejos le tomaban el pelo.

Las tientes, para el que las quiera.

* *

En Nueva York (supongo que será una bola) se acaba de casar Mr. Benjamin Gordon, viudo, de setenta y seis años de edad, con una apreciable niña, viuda también, de setenta primaveras, meses más, meses menos.

Este matrimonio repartió entre amigos y conocidos más de quinientas invitaciones para el día de la boda, pero no asistió ninguno, y se casaron solos, como si fueran un par de setas.

Mas ¡oh dolor! á la salida del templo se encontraron á todos los invitados con tambores, bocinas y latas de petróleo, y les acompañaron á casa en medio de la mayor cencerrada.

Como quiera que continuase el escándalo en la calle, Benjamin Gordon invitó á los cencerriles subieran á remojar la palabra.

Subieron todos, le comieron un costado de salchichón y pastas, se le bebieron las botellas de champagne y se le fumaron los cigarros.

Luego bajaron de nuevo á la calle... y continuó la cencerrada.

Benjamin Gordon no pudo soportar semejante grosería y tomando un par de pistolas, comenzó desde el balcón á disparar tiros á la multitud.

Afortunadamente, efecto del coraje, no acertó á nadie, que sinó deja tendidos á unos cuantos.

Ante semejante actitud la chusma de amigos y conocidos se retiró, no sin declarar antes que si Benjamín y su adorada esposa no abandonaban la ciudad les quemarían la casa y les harían picadillo.

Por lo que parece no es solo en España donde impera la grosería de la cencerrada, y los Estados Unidos también rinden culto á esa costumbre.

Solo que así como aquí los Benjamines toman la cosa filosóficamente y suelen salir al balcón para oír mejor los cencerros, los *yankces* no son tan cachazudos y andan á tiros con todo el mundo.

¿Quiénes tienen mejor sombra, los españoles ó los norte-americanos?

Nosotros; no cabe la menor duda.

* *

En Madrid se ha estrenado con gran éxito la obra de Guimerá *Mar y cielo*.

Si digo que me alegro en el alma, alguno va á ser capaz de no creerlo. Pero digan lo que quieran, lo cierto es que he experimentado regocijo y hasta entusiasmo.

Todo lo que tienda á borrar regionalismos estrechos que tienen por objeto el anularnos como nación obtendrá mi humilde aplauso.

Guimerá se convencerá ahora de que Madrid, si políticamente considerado hace daño (y eso yo soy el primero en reconocerlo) literariamente examinado es un pueblo entusiasta, sin segunda intención, con un corazón como una plaza de toros y unas manos para aplaudir como ninguno.

Madrid en literatura no es exclusivista, no odia á ninguna región, ni escatima ninguna manifestación al talento.

Eso lo ha reconocido Balaguer y cuantos ilustres poetas catalanes han sido aplaudidos en la capital de España.

Estrechemos, pues, los lazos que deben unirnos y no hablemos más de colocar á España *entre dos Bélgicas*.

ELIDAN.

ESCRITORES Y ARTISTAS

(Conclusión)

III.

La señorita de Ruiz
que es fea como ella sola
y tiene un queso de bola
en lugar de la nariz,

no se ha podido casar
por eso del promontorio
y entró en el Conservatorio
para aprender á tocar.

Salió al año cabalito
y dice que tiene un premio,
pero el caso es que en el gremio
no toca flauta ni pito.

Y eso que á los empresarios
persigue sin descansar
para que la dejen dar
conciertos extraordinarios.

Y el que menos se propasa
le responde, hecho una fiera:
—Bien; toque usted lo que quiera,
¡pero tóquelo usted en casa!

IV

Un actor muy aplaudido
que imita perfectamente
á todo bicho viviente

en el orbe conocido,
y que canta peteneras
cuando el público las pide
y á poco que se descuide
se come frases enteras;

artista de corazón
(segun él cree), me decía
en la calle el otro día
con sublime indignación:

—Nada; convéngase usted,
ya no hay arte, ya no hay ciencia,
y negar su decadencia
es dar contra la pared.

¡Qué afán de disparatar!
¡qué cosas tan horrorosas!
Al pensar en estas cosas
me dan ganas de llorar.

Ha llegado la ocasión
de que se salve el que pueda,
en los artistas no queda
ni rastro de inspiración.

Los críticos no podrán
negar, ante estos horrores,
que tiemblan los bastidores
al soplo del huracán;
que la cosa está en un tris
y que nada la detiene
en la ruina, si no viene
la salvación de París

¡Aquellos son actorazos
y aquello es arte de veras!
¡qué agilidad de caderas
y qué soltura de brazos!

Ningún detalle se pasa,
¡qué ha de pasar un detalle!
se abrazan como en la calle,
es decir, como en su casa.

Y en España y sus Antillas,
refractarios al progreso,
nunca nos damos un beso
mas que de mentirigillas.

Y no habrá quien nos convenza
y nos ponga sobre aviso...
Oigame usted, ¡es preciso
que perdamos la vergüenza!

Esto dijo, yo, callé
por no decirle que no.
Saludóme y se marchó.
Respondile y me marché.

V

Sé de un pintor que en la cara
lleva impresa la señal
de su talento, y al cual
por un cuadro de una vara
que representa á un rey godo
regando varias macetas,
ofrecen cuatro pesetas
con marco dorado y todo.

El pintor está que trina
viendo lo que le sucede,
porque dice que no puede
mantenerse con pamplina.

—¡El buen gusto se ha acabado!
¡estos necios no comprenden
el genio! ¡Y en cambio venden
Luna, Pradilla y Casado!

Así está todo, tirada
la inspiración por el suelo
y sirviendo de modelo
lo que no sirve de nada.



—¡Basta ya de hacer comedias!
¡O escoge usted ó me los llevo!
—¿Vamos á fumarlo á medias?
—Limpiese, que está de huevo.

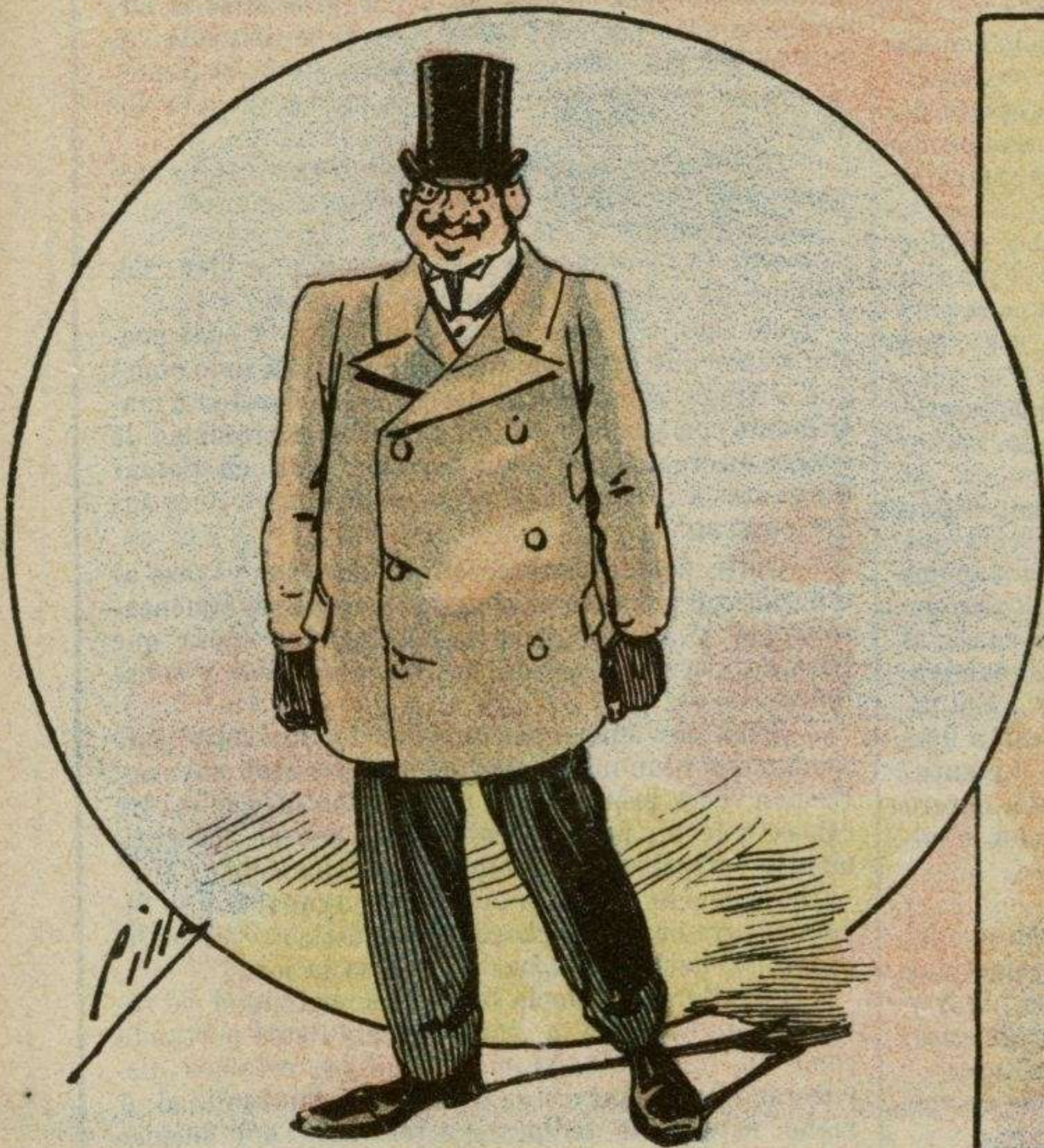
PRINCIPIO DE TEMPORADA



La capa que todo lo tapa.



La que no tapa más que lo preciso.



Un abrigo hasta allí.



Un abrigo hasta allá.

De los ilustres varones
se ha concluido la casta...
En fin, ¡para muestra basta
con estos cinco botones!

SINESIO DELGADO

AMORES OFICIALES

MONÓLOGO DE UN SOLTERO

¡Sí, sí, estoy convencido de que los amores tienen que ser así; no negaré que eso es lo natural, lo legítimo, lo honrado... pero ¿qué le hemos de hacer? Yo no profeso esas teorías. A mí los amores oficiales me revientan; ea, me subleva esa especie de obligación que contraen algunos jóvenes de dar participación al país en sus actos amorosos.

¿Cree usted que soportaría con resignación lo que soportan algunos amantes que tienen relaciones previo el consentimiento paterno y materno; que visitan diariamente novias á toque de campana; que se dejan reconvenir por sus parientes y oyen los consejos del futuro suegro y las ridículas amonestaciones de la suegra en ciernes? ¿Cree usted esto de mí? Pues se lleva usted un grandísimo chasco, señor de Severo.

Aquí, en Madrid, es la cosa más natural del mundo lo que me está usted diciendo. Aquí adquiere usted relaciones con una chica, y puede decirse que, desde aquel instante, contrae usted la ineludible obligación de amar á toda la familia, por ambas líneas de consanguinidad.

Lo primero que le dice á usted la joven objeto de su amor, es algo parecido á esto:

—Sí, caballero, he notado que usted ha fijado los ojos en mi insignificante persona... Yo no tengo inconveniente en aceptar ese amor; pero, *cuénteselo usted á mi mamá.*

Y él, el mancebo inesperto, va, coge y se lo cuenta á la madre y después al padre y estos á su vez van á contárselo á todos los parientes; hasta que la noticia llega á conocimiento de la familia y de los amigos de la casa y de los vecinos del barrio y de los guardias de la esquina.

A los ocho días, ya nadie guarda reserva y se dice con la mayor naturalidad del mundo, que Fulanita es el novio de Fulanita, y que él entra en casa porque los papás ven con gusto las relaciones, y eso que el chico no tiene posición.

¿Quiere usted decirme qué emociones puede proporcionar un amor así, pregonado, cacareado, manoseado y zarandeado por toda la humanidad?

Precisamente, para que estos asuntos tengan algún atractivo, es necesario que vivan en el misterio, que sean un secreto para todos; que encuentren obstáculos que vencer, fortalezas que derribar, vigilancias que eludir... Cuando no se da alguno de estos casos, el amor es la tontería más vulgar de cuantas existen.

¿No opina usted como yo, don Severo?... Entonces prefiere usted que todas las miradas estén fijadas en los actos menos ostensibles de su vida. Le entusiasma á usted, por lo visto, que el mundo entero sonría cada vez que está usted de monos con la novia ó le apriete usted la mano suavemente.....

Quite usted por Dios.

Cada vez que en el teatro, en el paseo ó en el café tropiezo con una de esas parejas que viven sometidas á la férula de los papás, me entran deseos de ir y cortar el nudo, gritando al oído del infeliz amante:

—¡Joven! ¡Inesperto joven! ¡Huye cuanto antes!

Vamos, el amor, tal cual usted lo defiende, es una calamidad.

Verle á él hecho un recluta, grave, silencioso, al

lado de la novia; seguido de los papás que parecen dos guardias civiles, teniendo que reprimir sus ímpetus amorosos y viéndose á lo mejor obligado á ir en busca de un carruaje si le duelen los callos al papá, ó de un vaso de agua si tiene sed la mamá, ó de un paraguas si ambos creen que el tiempo amenaza lluvia.

Si la familia trata de ir al teatro, él es quien tiene que habérselas con los revendedores de billetes; si van de viaje, él correrá á la estación, facturará los equipajes, peleará con los mozos, cargará con los bultos de mano, y todo cuanto haya que hacer, por humilde, por ingrato, por enojoso que sea, nadie habrá de realizarlo sino él, el desventurado, el infeliz, el pobrecillo, el... ya no sé cómo llamarle.

Y luego, todos sus sacrificios, todas sus vicisitudes, pasan inadvertidos á los ojos de la implacable mamá y del severísimo papá, que atribuyen siempre lo malo que pueda sucederles á la torpeza innata de su futuro yerno.

—¡Jesus! ¡Cuánto tarda ese *memo* de Fulanita!—dice la mamá.

—Parece un palomino atontado—añade el papá.

—¡Como le habeis mandado tan lejos!...—se atreve á decir la niña.

—No le defiendas, hija; porque él será buen muchacho, no lo niego; pero como *bruto*, no hay nada que pedirle.

—El otro día no hizo más que coger mi paraguas, y le rompió una ballena—exclama el padre de la muchacha.

—No puede negar que es aragonés. ¡Jesús! ¡Qué chico tan cerrado! En fin, ¿qué se puede esperar de un hombre que echa azúcar á los huevos fritos?

—Y te advierto—añade sentenciosamente el papá dirigiéndose á la niña—que voy á prohibirle la entrada en casa por las tardes... No sube una sola vez la escalera sin que atropelle al perro de doña Nemesia, la vecina del segundo. Ya se me ha quejado dos veces.

—Como tiene aquellos piés tan grandes... No negarás que parecen dos cartucheras.

—Pero mamá....

—Allá tú. Nosotros te lo decimos por tu bien. Tú, después de todo, eres la que has de casarte...

Todo esto, sin contar otras mil cosas á cual peores, tienen que ocurrirle necesariamente á todo aquel que entrega su cabeza al despótico poder de un matrimonio con una hija bonita y comete la atrocidad de entrar en relaciones oficiales, como dan en llamar las gentes á los amores que cuentan con el *exequatur* paterno.

—Quite usted, hombre, quite usted, y váyase al infierno con sus teorías y sus preceptos reglamentarios, que yo, si tengo novia alguna vez—cosa que Dios no permita—he de decirla ante todo y sobre todo:

—Señorita: amémonos en silencio, sin contárselo á mamá, porque no me gustan las personas mayores. Es cien veces preferible la persecución de una madre celosa ó de un papá de caballería, que el consentimiento corrosivo y la complacencia tiránica.

He conocido un novio oficial que ayudaba á su futura suegra en los quehaceres domésticos y limpiaba la vajilla, hacía las camas y fregaba la loza.

—Caballero—le decía la suegra cuando él se retrasaba en acudir á la cita.—Se está usted portando como un miserable. Ni mi hija, ni yo, estamos dispuestas á soportar estas faltas de puntualidad; ó viene usted más temprano ó terminan hoy mismo *nuestras* relaciones.

—¡Ya ve usted!—decía un padre oficial á otro infeliz novio que tardaba en fijar el día de la boda.— Los amores largos nunca favorecen á las hijas de familia. Es preciso que se case usted cuanto antes, porque además de la murmuración de las gentes, *nos exponemos á pasar por unas coquetas sin corazón y sin nada.*

Desengáñese usted, don Severo; el amor para que prospere y fructifique, tiene que luchar con la adversidad; y desde el momento en que se introduce en el Paraíso del amor esa serpiente social que se llama suegra, el espíritu amoroso decae, y el hombre concluye por huir atemorizado.

No puedo continuar: tal es el horror que me inspira el asunto, que los nervios, se crispan y la voz se detiene en la garganta...

Señor don Severo; usted no sabe lo que se pesca.

Por copia

LUIS TABOADA

EL OTOÑO

Mengua de la luz del día,
prosperidad de la luna,
creciente melancolía
del que hambre tiene y ayuna.

Espanto del que se tapa
de un aire con vano empeño;
si es que ha empeñado la capa
y no salió del empeño.

Terror del que á los registros
del pretendiente se arroja,
y ve que caen los ministros
al tiempo que cae la hoja.

Desencanto del poeta
que ha leído ya su drama,
y no gana una peseta
por no dar gusto á la dama.

Tal dice y ha de sentir
del otoño el más bisoño,
y aun hay mucho que decir
del malancólico otoño.

Porque la niña de Pérez
que espera con mucho afán
que á su pobrecito alférez
lo *estrellen* de capitán,

pierde, al pasar el estío,
sus esperanzas más bellas,
y de dolor y de trío
empieza á ver las estrellas.

Buscando la mar salubre
hay quien en Julio se mueve;
de Deva vuelve en Octubre
y en Madrid se halla *que debe.*

Y aunque es un hombre muy listo
que aspira á estar bueno y sano,
sólo en el otoño ha visto
lo que le cuenta el verano.

El pobre Luis Barragán,
nieto forzoso del Cid,
dejando casa en Madrid
la tomó en San Sebastián.

Y despues de haber pasado
tres meses muy divertidos,
volvió y se encontró robado
y los ladrones *no habidos.*

El estudiante Fortunio
que nada estudió en Diciembre,
temió el exámen de Junio
y se examinó en Setiembre.

De otoño los tribunales

no halló en indulgentes trazas,
y cosechó unas fatales
y solemnes calabazas.

El lidiador Juan *Parando*
con un deslucido terno,
iba por suerte *pasando*
en las corridas de invierno.

Lidió toros de otras costas,
y en otoño, hecho un valiente,
suspense quedó en las astas
aunque era *sobresaliente.*

Conozco un mísero actor
que las comedias maltrata,
y en los meses de calor
nunca le faltó contrata.

Desde Mayo á fin de estío
corre el mundo, aunque silbado;
pero en cuanto asoma el frío
ya le tiene usted *parado.*

Consulta al sastre y verás,
si con preguntas le asedias,
como le revientan las
estaciones *intermedias.*

Lo que es en la vieja Europa,
á nadie le cabe duda
que hay que tentarse la ropa
cuando el árbol se desnuda.

E. BUSTILLO.

AFICIONADOS

El hombre no nace con tal ó cual afición.

Esta se adquiere por medio de la costumbre.

Sin embargo, no hay regla sin escepción. Todos los españoles nacemos con la afición de hacer, mejor dicho, de perpetrar versos, como diría Luis Taboada.

¡Versos! ¡Esta es la monomanía de mis conciudadanos! ¿Quién que de español se precie no ha pulsado siquiera una vez la lira?

Por eso nosotros no colocamos los versos en el estante de las aficiones, sino en el de las enfermedades hereditarias, vicios de la sangre, ó partes integrantes de los individuos.

Para nosotros, hacer versos de afición, no es hacer versos. Es hablar, moverse, comer, dormir... en fin hacer una función inherente al cuerpo humano.

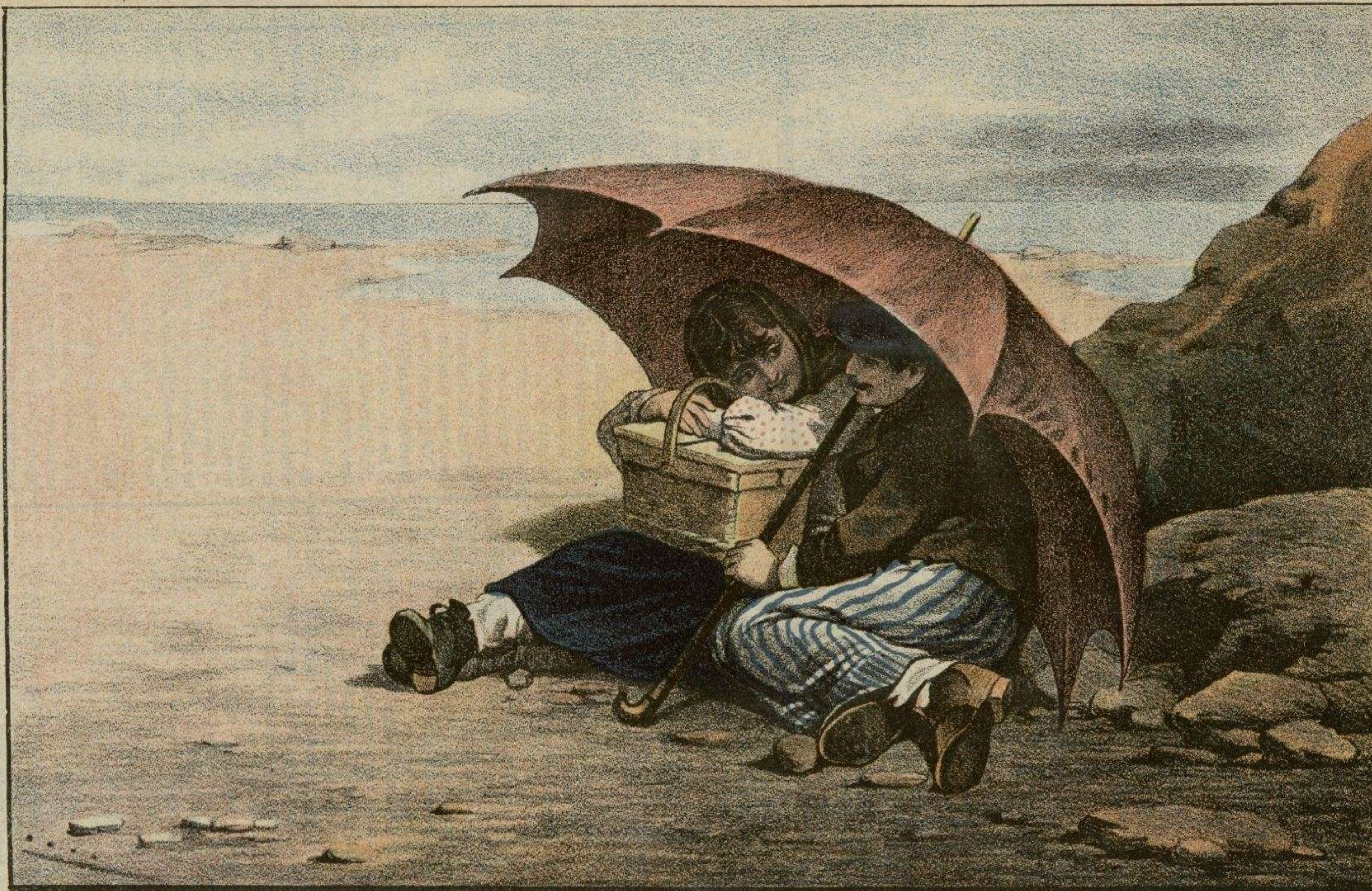
No apuntemos por la tanto este *crimen* en el número de las aficiones que se adquieren.

La afición á las armas se desarrolla poco á poco. ¿Ven ustedes ese rapaz que se da de cachetes con otro granujilla de su edad? Pues ese será militar.

Su afición irá en *crescendo*. Jugará á los soldados; ya un poco mayorcito andará á palos por un quitame allá esas pajas; despues ingresará en un colegio militar; más tarde mandará una compañía, luego un regimiento; despues se sublevará, será capitán general... y se morirá de viejo.

Ese otro mocosuelo á quien su papá lleva al café, se enamorará de las fichas de dominó y comenzará á hacer castillos con ellas; luego verá jugar, despues jugará él, y por último morirá decrepito y chiflado despues de haber jugado millares y millares de partidas.

Otra afición que se desarrolla mucho también es la del coleccionador. Se comienza guardando santos, estampas y aleluyas, y se concluye coleccionando cuadros, sellos, monedas, etc., etc., con furor, con verdadera locura. El hombre que hace colección, aunque sea de botones, llega á preferir uno de estos, si ha pertenecido á Carlos III, Carlo Magno ó Carlos el



— ¿Y tú crees que no nos vamos a mojar?

EN EL TEATRO



—¿A dónde con tal afán
diriges tu pié ligero?
—Al paraíso.
—Salero,
si quieres, seré tu Adán.

Temerario á los más puros y halagadores goces de la familia.

El aficionado á toros casi es una potencia en España. De niño le llevaba su papá á la contrabarrera, le daba á guardar banderillas, y le acostumbraba á las palabras y términos *sui generis* del toreo.

El chico crecía y jugaba al toro, ora ejerciendo de banderillero, ora de picador, ora de mísero cornúpeto.

Llega á la mayor edad, y no pierde corrida. Conoce todo el tecnicismo, toma acta de todas las varas y todos los pares puestos, y suele escribir su revisita para un semanario de los de la clase. En fin, que se pirra por el espectáculo nacional.

Una mojadura pillada en la plaza en un día de lluvia suele concluir con él. Si es aficionado de los de sol, perece irremisiblemente de una insolación.

Otro que no es aficionado sino una calamidad, es el que se dedica á representar sin pudor ni vergüenza dramas, comedias, zarzuelas y otras aberraciones en los teatros caseros. Desde niño se revela su amor al arte trabajando con otros chicuelos en una guardilla, representando *El puñal del godo* y *Verdugo y sepulturero*, que son las dos obras de cajón para la niñez candorosa. Ya pollo, hace comedias de costumbres, y de viejo vuelve al drama que tanto le halagó en sus años juveniles. Desuella los versos, no dice nunca nada de lo que el autor escribió y manotea como un azogado. Sin embargo, le aplauden y se rien de él, y muere generalmente de una pulmonía aguda cogida en un invierno á la salida del teatro.

No queremos hablar del aficionado á niñas bonitas, porque siempre ha infundido respeto y entusiasmo; pero tratemos del aficionado á la estadística, que es un verdadero castigo.

El sabe cuantos abogados, cuantos sacerdotes y cuantos alguaciles hay en el mundo. No ignora los cañones que tiene Alemania, Francia, Inglaterra, Rusia, China, Marruecos y el principado-timbirimba de Monaco. Sabe cuantos niños han muerto del crup, cuantos jovenes del pecho y cuantos viejos de apoplejia. Da la cifra exacta de los garbanzos que ha producido una cosecha y de los granos de arroz que ha consumido una región.

El aficionado á la estadística siempre está contando. Cuando no tiene en que entretenerse cuenta los árboles de un paseo, los portales de una calle, las escaleras de su casa ó los dedos de la mano.

¡Dios les libre á Vdes. de semejante pejiquera!

Hay aficionados á ver llover, y gozan cuando las nubes nos regalan un chaparrón; los hay á tomar el sol, ó á tomar la fresca, ó á tomar la mañana.

Pero de todos cuantos llevo indicados y unos cuantos cientos que se quedan en el tintero, no hay aficionado más terrible que el aficionado á tomar lo ajeno conta la voluntad de su dueño.

Estos comienzan por robar castañas y pañuelos, y concluyen por entrar en el Banco: con ganzúa, por supuesto.

Este aficionado se ve rechaza!o por todos, y pasa la mayor parte de su existencia en la carcel, ó en el colegio, como él dice empleando un lenguaje cínico y pintoresco.

No nace hombre que, efecto de la costumbre ó de los ejemplos que ve, no se aficione á algo, bueno ó malo, sublime ó ridículo.

Lo que quiere decir que nosotros tambien tenemos nuestra afición.

¿Y saben nuestros lectores cuál es?

Pues echar á la lotería.

¿Que para qué?

Pues, hombre, para, si nos toca, colgar la pluma y no volver á escribir ni á la familia.—DANIEL ORTIZ.

¡TRANQUILÍZATE!

Asunción, mi corazón
está chiflado por tí;
no te quejes sin razón
pues te quiero yo, Asunción,
más que me quieres tú á mí.

Esa sospecha infundada
de tu corazón desecha,
sé que harás buena casada,
por lo tanto esa sospecha
no debe importarte nada.

¿Solamente por que ves
que el átrio de San Andrés
me cobija algunos días
con la simpática Inés
y la digo tonterías?

¿Porque digo que es hermosa
y que me voy á casar?
¿Que sus mejillas de rosa
valen para mi una cosa
imposible de valuar?

¿Porque la pago cerveza
y con ella me divierto?

¿Porque digo la simpleza
de que me quedaba tuerto
por conquistar su belleza?

Esto es demasiado poco
para quien ama *verdad*,
no me verán que hago el coco,
ni que por ella estoy loco
te dirá la vecindad.

A mi me importa un *pitoche*
que digan mis compañeros
que me vieron cierta noche
cruzar algunos senderos
amerluzados y en coche.

¿Que la acompaño? ¿Que voy
á todas partes con ella?

¿Que las llamo rica y bella
con más mimo que ayer hoy
y que digo que es mi estrella?

¿Miento acaso? Dí, Asunción,
si hombre fueras tú, qué harías?
Entregarla el corazón
y decirle tonterías
desde la calle al balcon.

Es verdad que yo la quiero
eso á la vista me *salta*
y me casaría pero.....
me ha contado su portero.....
dice que tiene una falta.....

Nada, que será bonita,
elegante, encantadora,
y quizá más seductora
que cualquiera señorita
de las que *brillan* ahora.

Sin embargo, no es la Inés
quien *labrará* mi fortuna
ni el átrio de San Andrés
hará que me case; ves
como se *queda á la luna*?

¿Ves ya claro, rica mía,
las cosas tal y cual son?
Cesa en tu loca manía,
no sospeches, Asunción,
por tan simple tontería.

Solo tú serás mi vida,
aunque no valgas dos reales.
No estés pues más aflijida,
porque... sospecho, querida,
que ambas quedareis iguales!

ATILANO F. TOLDOS

PRECIOSILLA

¡Cuántos besos te daría!

Preciosilla es una niña que habita en una linda casita de mi barrio, el barrio de la Granadina.

Quince abril, ó mayo; que no ando muy cierto en el mes que nació, pero que fué en primavera lo puedo asegurar y lo asegura ella con su tierna figura semejante á un rosal donde la natura ha colocado toda su frescura, todos sus perfumes, todos sus colores.

Por su tersa frente pulula un ramito de nebulosa como la de su jardín. Dos vivarachos ojos animados por una sonrisita que ilumina su semblante de soñada ventura.

Una boquita que seduce, que atrae, que hace entrar en ganas de besarla apenas la distingue nuestra vista; protegida por unos labios que se empeñan en contraerse nerviosamente escondiéndose con recato en su rosado fondo...

Preciosilla tiene una garganta que da envidia á sus amigas y enloquece á sus amigos. Pero ella (*Preciosilla*) sin darse cuenta del valor de ese *palmito*, lo hace presionero con una ténue, sutil gasa, que aérea la envuelve formando un lazo á un lado, lánguido, como si fuera la estela que dejara al moverse graciosamente su linda cabeza.

De su abultadito seno se desprenden á compás suspiros de ángel, y al posarse allí los ojos, el alma sueña mundos de dicha.

¡Y qué cintura la de *Preciosilla*! Alguna vez he soñado que delicadamente la cogía... y resulta más pequeña que la palma de mi mano, si bien es verdad que es muy *grande* la mano mía.

Después..., después sigue el cuerpo de *Preciosilla* cubierto por unas faldas donde la modista ha derrochado su ingenio (y quisiera no mentir) pues ignoro si la chica sabe ó no coger la aguja.... Lo cierto es que á la terminación de la falda, saca la cabeza, diminuto pié (á veces dos) ¡y qué pies, Dios mio! O por mejor decir, ¡qué zapatitas, señor!

Porque no he sido tan dichoso aun para ver tan solo un pié de tan notable escultura.

¿Y qué diré de sus manos? Yo no conocí á la virgen, mas barrunto que las manitas de *Preciosilla* son dignas de besarse con cierta veneración como las de la Morenita de Montserrat.

Cuando allá en sus primeros días todos los del barrio la contemplábamos y á todos prestaba su infantil sonrisa, era de ver los comentarios que sobre su hermosura hacían.

Su padre no sabía cómo salir del paso sobre el nombre que daría á su hija.

—Angeles, propuso su tía.

—Angela, estará mejor, objetaba una muchacha.

—Angelina, añadía otra.

—Angélica.

—María de los Angeles.

—Estrella. Sol, añadian varios.

—Basta muchachas, gritaba su padre con gran contento. Puesto que la encontráis tan *preciosa*, continuó: Sabeis cómo podríamos llamarla?

—*Preciosilla*, me apresuré á contestar yo, que entonces era muy niño.

—Justamente, chico, tú acertaste. *Preciosilla*.

Todos batimos palmas, y desde entonces este nombre corrió de boca en boca pregonando al mismo tiempo la fama de la hermosura de la niña.

Y puedes creerlo, lector: si vieras á mi *Preciosilla* como ligera cual mariposa juguetea por el jardín ó si con ligero paso y garboso aire la vieras pasar por

delante de tus ojos llevandósete el alma, exclamarías cual yo:

¡Cuántos besos te daría!

D. XOFRA.

Coplás

Volad, golondrinas,
con vuelo ligero,
decid á mi novia
que pague al casero.

¿Que por que voy yo sin capa
me preguntastes anoche?
Y tú ¿por qué vas á pié?
¡Pues por que no tienes coche!

Si me caso alguna vez
es con esta condición:
mando á mi suegra á Pekín
y me establezco en Chinchón.

¿Qué me importan los perfumes
de las mil flores del campo
si desde que soy tu amigo
he perdido hasta el olfato!

Si te pedí relaciones,
era por ver si tu padre
me daba unos pantalones.

¿Te extraña que no sea rico?
Es que no he tenido nunca
destinos del Municipio.

Siempre que voy al Congreso
me pongo á considerar
que van allí muchos niños
que aún debían de mamar.

¿Quieres probar á un amigo?
Pues pídele dos pesetas....
¡Y te llevas el gran mico!

Si me doliesen las muelas,
le contaba eso á tu madre....
y me quedaba sin ellas.

No creas tú que te quiere,
pues si te dá la viruela,
ten por cierto que prefiere
el casarse con tu abuela.

JOSÉ DOZ DE LA ROSA.

DE INVIERNO

En las esquinas, los puestos de castañeras; en los coches-jardineras, las corrientes de aire que nos ponen en inminente peligro y por todas partes mil hechos propios de la estación, nos hacen evidente que el invierno con sus lóbregos días se nos echa encima, obligándonos á emprender grandes reformas no solo en lo que á indumentaria se refiere si que tambien en nuestras propias costumbres.

Y tales reformas que producen no poco contento á la *crème* y *gomme* que á fin de cambiar de trajes aprovecha la primera ocasión, para lucir una pelerina ó *pe tit-sac* segun su sexo, hacen á los cesantes y padres de familia de posición modesta el mismo efecto que una suegra con mal genio, lo cual equivale á decir que llevan el malestar al seno de no pocas familias que vivirían en completa tranquilidad si con las estaciones no cambiasen tambien los trajes.

Triste es en estas épocas del año la existencia del

UN DIA DE LLUVIA



El pollo luciendo la ropa

La modista enseñando las medias.

Preparando su mejor calzado para salir.

El filósofo mojándose todo.

El rata maldiciendo de su suerte.



Un muchacho encogido.



— Al entrar en escena haces ¡ah! con extrañeza y caes desplomada sobre el tenor.
— ¿Y si no me coge?
— Entonces te caes al suelo.



Un muchacho estirado.



REFLEXIONES DE UNA JOVEN

¿En qué consistirá que durante el día solo pienso en casarme con D. Bruno y en llegando la noche únicamente me acuerda de Ricardito?

soltero que al salir de la oficina ve abrigarse á sus compañeros y piensa en los empeños de su capa, y lo es también la del cesante condenado á *escaparate perpetuo* con anuncios de grandes ocasiones, que para él no lo son sino para pillar una pulmonía al contemplar estáticamente una capa ó un gaban de pieles; pero tales desdichas resultan bienestar sin cuento comparadas con la existencia del padre que al entrar en su casa observa á los hijos de sus *entretelas* entre telas del más riguroso verano y aun más cuando no falta quien le recuerde su falta de recursos.

—D. Evaristo, le dice á su yerno D.^a Caralampia viuda de un corredor de dinamitas, es V. un pillo, aunque no me esté bien el decirlo. Cuando V. acompañado de su difunto tío Berruguete, me pidió la mano de mi hija se la concedí bajo condición de que tendríamos tres trajes con sus correspondientes sombreros adecuados á la estación cuantos viviéramos en su casa, pues de no ser así no crea que Udivigis se hubiera casado con V. Ella tenía muchos partidos y entre ellos el hijo de un rico propietario de Vinaroz que estaba empleado en correos con un sueldo mensual de más de quince duros. Y V. ya ve como cumple sus promesas. Sus chiquitines y nosotros andamos que damos lástima, mientras que los más desgraciados estrenan cuanto necesitan. Vea V. sino, las de Avellaneda y las del tercero segundo que salieron ayer con unos magníficos abrigos de entretiempo.

Y D.^a Caralampia prosigue llenando de improprios á su yerno hasta llegar á impedirle la entrada en su propia casa mientras no les compre ropas, habiendo acontecido no pocas veces que no sabiendo don Evaristo á dónde ir en demanda de auxilio necesario, su primo el canónigo Cadenilla compadecido le ha entregado alguna sotana vieja para hacer gabancitos para los niños, que se han presentado luego vestidos de color de tinta mora, ó algun bonete que debidamente cubierto ha hecho el efecto de un sombrero de marinero más ó menos auténtico.

Y de propia manera, si es cierto que la temperatura nos obliga al cambio de vestido, no lo es menos que diversas deben ser las costumbres que deben seguirse en invierno que en verano. Pues si en verano uno puede pasar agradablemente el rato, ora paseando ya sea de día ó de noche, ora yendo á los baños ó no yendo y zambulléndose en un barreño, ora tomando cualquier refresco no en el café sino en las mesas que interceptando la circulación se colocan en las plazas y en las calles, ora en fin acudiendo á los teatros de tercer orden, que tan bien concurridos se ven; en invierno no se puede disfrutar de tan honestas cuanto económicas distracciones y ello produce sus naturales malos ratos á aquellos padres forzosamente económicos que gustan de que sus hijos disfruten de una juventud proporcionada á sus medios.

Aquí, pues, del ingenio de los padres modestos y del talento de sus hijas. Hay familias que van á pasar largos ratos en la iglesia como elemento de diversión y otras que van en corporación al café á saborear bebidas más ó menos venenosas... pero, ¡ah! que no todas las familias están conformes en divertirse de una manera tan descaradamente cursi, y estos son aquellos casos en que su perspicacia debe rayar á la mayor altura, y no falta quien antes de ir á ciertas partes prefiera quedarse en casa, pues el orgullo es mucho y los medios con que satisfacerlo, generalmente, pocos.

El Sr. de Pepitoria acude á planes diabólicos á fin de proporcionar diversiones á sus hijas. Al efecto se persona cada noche en casa el peluquero Dieguez, y simulando leer las periódicas franceses y el *Diario de Reus*, escucha las conversaciones de aquellos pa-

roquianos cuyas barbas son remojadas por los chicos, y atento á cuanto se dice, oye hablar de política, del tiempo, de choques y siniestros, de chanchullos, de crisis y como si nada; pero no bien alguno de los concurrentes participa que el próximo sábado da en su casa reunión de amigos con lectura de poesías y toque de piano á cuatro manos con juegos de prestidigitación, se levanta, deja los diarios y abalanzándose hacia el parroquiano le abraza exponiéndole á una cortadura barberil y exclama:

—Oh! mi buen amigo Candeleta. Como no te había reconocido antes. Tu eres Crisanto; no me reconoces; soy Pepitoria, el mismo Pepito Pepitoria que se reunía contigo en el Suizo allá cuando la Revolución de Septiembre. Y prosigue despues de darle un beso en la mejilla y de llenarse los labios de jabon:

—Con que tu das reuniones con hipnotismo ¿eh? Bien, muy bien.

Y Candeleta se ve obligado, en vista de tales razones, sin *conocerle* ó *reconocerle*, para no sufrir una herida con alguno de los instrumentos cortantes que por allí abundan, á convidarle cuando Pepitoria dice:

—Y no me convidas? Chico eres un mal amigo.... Sí, pues, iremos con mi mujer... Oye, y con mis hijas. Tengo nueve y todas tocan algo. Alguna pieza que ellas mismas han escogido, porque yo les dejo libres en la elección de piezas é instrumentos. En fin, chico, verás como nos vamos á divertir.

Y en efecto van y con los datos adquiridos de Dieguez hace que Candeleta al verle tan bien enterado le crea realmente un antiguo amigo olvidado. ¡Se olvidan tan facilmente los amigos!

En fin, que para cubrir el cuerpo decentemente en invierno hay que acudir á medios extremos, pues si unos se introducen con violencia en la casa, otros se hacen las ropas propias á la salud del casero, que deja de percibir por trimestres lo que se invierten en trajes y adornos.

De manera que si esceptuamos á esos seres privilegiados que gastan abonos en los primeros teatros y tienen coche, para el resto de la humanidad creo que es preferible el verano al invierno, pues si aquel á veces nos produce *cólera*, éste en cambio tiene cierta *influencia* que nos da cada *trancazo* que dando por resultado el *dengue* puede terminar en *grippe*.

J. CASARRUIZ

LOS TEAROS DE MADRID

Estrenos

ESPAÑOL. —*Mar y cielo*, drama trágico en tres actos y en verso, escrito en catalán por D. Angel Guimerá y traducido al castellano por D. Enrique Gaspar.

Aun suenan en mis oídos los aplausos con que el numeroso y distinguido público celebró la obra. Desde las primeras escenas el éxito se impuso, siendo llamados los autores al palco escénico á la conclusión del primer acto. El auditorio les recibió en medio de un nutrido aplauso. Otro tanto sucedió al terminar el segundo y tercero.

El triunfo alcanzado por Guimerá, es de los que hacen época.

La obra, literariamente, es una joya que pone á su autor y á Enrique Gaspar, que también ha contribuido en algo, á la altura de nuestros primeros literatos.

Con el estreno de *Mar y cielo*, están de enhorabuena, Guimerá, Gaspar, Calvo, los catalanes y la literatura.

PRINCESA.—La comedia estrenada esta semana

con el título de *Esclavos libres*, no ha sido del agrado del público.

Su autor, que en algunas obras ha recojido muchos aplausos, la ha retirado de los carteles.

APOLO.—*El ordinario de Villamojada*, sainete lírico en un acto y en verso, letra de D. Sinesio Delgado, música del Sr. Valverde (hijo).

La nueva obra del director del «Madrid Cómico» y compañero nuestro, no es de lo mejor que ha escrito, pero el público le llamó al palco escénico en unión del Sr. Valverde, á los cuales prodigó buenos aplausos.

La música tiene números agradables.

ESLAVA.—*El mirlo blanco*, zarzuela en un acto, letra de los Sres. Calixto Navarro y Campano, música de Valverde (hijo).

Esta obra alcanzó un éxito franco y sincero, suspendiéndose la representación á la mitad del acto, cuando se cantaba un coro de cazadores, por ser llamado á escena el autor de la música.

Al final, fueron calurosamente aclamados por el público los autores, que, en unión de las Stas. Arana, Montes, Guevara y el Sr. Castilla, salieron repetidas veces al palco escénico.

TARTARÍN.

MISCELANEA

He aquí un anuncio de memorialista que se recomienda por sí solo:

«Agencia: Un bueno y aplicado escribiente que ha tenido los cursos en su país, sabe toda clase de cuentas de restar y de partir, como verá con seguridad el que guste favorecerle, y memoriales de esquelas á distintos ministros para empleados, gracia y viceversa. También se dedica á las criadas de servicio y doncellas reservadas de poco coste. Su letra es variable como la presente muestra que es al puño y letra de agencia del presente portal. El que quiera hablarle de ocho hasta que se acuesta por la noche con franqueza.»

Burbujas

Es el amor un árbol cuyas flores
son para la mujer,
para el amante el fruto, y del marido
solo la leña es.

El mundo de continuo
dice con pena
que aquel que vé visiones
muerte le espera.
No es cierto eso;
¡yo te veo hace un año
y aún no me he muerto!

M. LOPEZ COSTA.

En un confesonario.

—Acúsome, padre, de haber robado una mula y....
—¡Vaya, hombre, vaya!
—No, padre; la baya era la otra; la que robé era más negra que una mora.

Dos perdularios pensaban poner una taberna y dijo el uno al otro:

—Bueno; yo pongo el vino ¿y tú, qué pones?
—Pues yo pongo.... el agua.

La ilusión de un poeta

I.

—¿Qué entiende por amor?

—¿Qué entiendo, dice?...

—Dé su definición cual lo comprenda.

—¿Yo mi definición?

—Sí.

—¡Ay señorita!

por hoy me es imposible complacerla.

—Le obligo á que lo diga, amigo Arturo; disculpas, ya lo sabe, no se aceptan.

Precisa definirlo.

—En ese caso,

haré la descripción según lo crea.

—En resumen ¿qué es?

—Voy á decirlo:

¡la ilusión de un poeta!

II.

—¿Me quieres mucho, Arturo?...

—¡Con locura!

—¿Sí?—

—¡Te lo juro cuantas veces quieras!

—¡Y yo, te adoro como no es posible

que se pueda amar más en esta tierra!

—Te quedas abstraída...

¿Qué te preocupa?

—Nada

—¿Qué te apena?...

—Es que estaba pensando.... ¡que es muy grata
la ilusión de un poeta!

FRANCISCO DE LA ESCALERA

Noches atrás decía en un café un perdido:

—Desengañense ustedes; aquí solo medra el que no tiene vergüenza.

—Pues hombre, usted bien poco ha medrado — le replicó uno.



Zornini (*Palma del Rio*).—No sirven por ser incorrectos.

A. L. A. (*Madrid*).—No encaja bien en *La Saeta*.

B. M.—Esto va mejor que lo anterior, pero dice tan poca cosa...

F. C.—*Triste verdad* no sirve. De las dos que envía acaso podré aprovechar la segunda.

A. de O.—Lo pondré.

P. S.—Así podrá ir más adelante.

Cucufate.—Castigue V. un poco la corrección, por que es algo descuidadilla y es una lástima. Lo último no sirve. Me permito darle consejos por que le estimo y veo que tiene V. condiciones.

A. C.—No sirve.

J. de M.—Le agradezco su ofrecimiento. En cuanto á los versos son bastante incorrectos y el asunto está muy gastado.

G.—Irá un retazo.

Villamelones.—Fué una errata de imprenta que salta á la vista.

J. S. S.—No escribo ya allí.



— Mientras me han dicho que tenía ojos de carnero degollado, lo podía soportar; pero ayer me dijo Adela que los tengo de besugo resignado, y eso me ha zaherido.. Sí, señor, me ha zaherido.

ANUNCIOS

BIBLIOTECA PARA TODOS

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.—Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

BIBLIOTECA DE BOLSILLO

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con bonitos grabados.— Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL

FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

España: Semestre, 5 ptas. — Año, 8 ptas.
Extranjero y Ultramar: Año, 15 ptas.

No se admiten suscripciones por menos de medio año en España, ni por menos de uno en el extranjero. Pago adelantado en letras de fácil cobro ó sellos de franqueo. — Las suscripciones empezarán el 1.º de cada mes.

CUIDADITO CON ESTO

Elegantes tomitos con grabados y cubierta al cromo, que contienen poesías, novelas y cuentos de varios autores. Se compone la colección de 10 tomos al precio de 15 cént. en toda España.

TRES MILLONES DE CHISTES

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo. Van publicados 48 tomitos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación

Para los pedidos y correspondencia dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centre, Kiosco n.º 5—BARCELONA

CORRESPONSAL EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, D. Julián Rodríguez—Acha S.º Bernardo, 27, bajo